

# Habitus, campo y capital. Elementos para una teoría general del capital político\*

ALFREDO JOIGNANT\*\*

*Resumen: La teoría sociológica de Pierre Bourdieu proporciona los fundamentos para identificar y tipificar los capitales en los que se basa la dominación en diversos campos sociales. Sobre esta base teórica, se busca explicitar los principales elementos para una teoría general del capital político, a través de las nociones de habitus, campo y capital. Se hace dialogar la literatura politológica con la sociología para producir una teoría general del capital político identificando distintas especies, algunas de las cuales permiten acceder al campo político e iniciar carreras en dicho espacio, y son tipificadas a partir de la literatura sobre “élites”, “clase” o “personal” político en cinco países (Chile, México, Brasil, Francia y Estados Unidos), mientras que otras permiten explicar las trayectorias de los agentes y la consiguiente reconversión de sus recursos una vez iniciadas las carreras en el campo.*

*Abstract: The sociological theory of Pierre Bourdieu provides the basis for identifying and typifying the forms of capital on which domination in various social fields is based. This theoretical basis is used to clarify the main elements for a general theory of political capital through the notions of habitus, field and capital. The author engages politological literature in a dialogue with sociology in order to produce a general theory of political capital by identifying certain species. Some of these make it possible to gain access to the political field and embark on a career in this sphere and are typified on the basis of the literature on “élites,” “class” or political “personnel” in five countries (Chile, Mexico, Brazil, France and the United States) whereas others explain the trajectory of agents and the subsequent reconversion of their resources once they have begun their careers in this field.*

*Palabras clave:* Bourdieu, habitus, campo, capital, agentes, competencia política.

*Key words:* Bourdieu, habitus, field, capital, agents, political competence.

**E**n los estudios empíricos sobre las élites políticas es usual interesarse en los mecanismos de selección (por ejemplo, de candidatos para cargos de elección popular) y en las lógicas de reclutamiento (pongamos por caso de miembros del Poder Ejecutivo); esto es, en las reglas y

\* Este artículo forma parte del proyecto Fondecyt 1100877.

\*\* Doctor en ciencia política por la Universidad de París I Panthéon-Sorbonne, Francia. Profesor titular de la Universidad Diego Portales, Chile. Temas de especialización: sociología de las élites, competencia política, políticas de la memoria. Av. Manuel Rodríguez Sur 415. C.P. 8370179, Santiago de Chile. Tel.: (56-2) 676-8454. Correo electrónico: <[alfredo.joignant@mail.udp.cl](mailto:alfredo.joignant@mail.udp.cl)>. Página web: <[www.alfredojoignant.cl](http://www.alfredojoignant.cl)>.

los procedimientos para filtrar a distintos tipos de personal en función de los intereses de las instituciones involucradas, sean partidos, parlamentos o congresos, gobiernos y Estados. En estos trabajos se muestra de qué modo los arreglos institucionales organizan la representación política, prescribiendo los roles políticos y provocando ciertas maneras de encarnarlos (Achin, Dorlin y Rennes, 2008) al cabo de procesos de selección y reclutamiento de individuos, que son al mismo tiempo consagrados como representantes legítimos. Lo que generalmente se olvida es que al beneficiarse con estos mecanismos, son muchos otros individuos los que son eliminados y excluidos. Qué duda cabe: la función de representación y el estatus de representante son privilegios de los que gozan algunos pocos, puesto que el privilegio de convertirse en beneficiario de un mandato, es decir, en mandatario, no se encuentra distribuido de modo equitativo entre todos aquellos que albergan, o que alguna vez acariciaron, la idea de representar los intereses de otros, lo que a su vez es registrado por las instituciones y los arreglos que emanan de ellas.

Pero la investigación también se ha interesado en las características de los miembros de las élites, como, por ejemplo, en su bagaje social, las profesiones de los individuos, los valores y las actitudes de las personas que las conforman y las interacciones entre ellas, así como con quienes no forman parte de dichas élites. En esta literatura, los sociólogos y científicos políticos han estudiado los patrones de carrera al interior de una misma esfera (por ejemplo, en el congreso), o entre varias (desde el congreso al gobierno, y de allí al liderazgo de un partido, o al revés), lo que se traduce en la descripción de modalidades de circulación entre posiciones o cargos en la construcción de carreras políticas, en lógicas de preservación y en estrategias de salida por parte de agentes que suelen ser calificados en algún sentido como profesionales de la política. Es así como se argumentará acerca de los políticos profesionales recalcando la elevación de su bagaje social o su nivel de diplomas en una misma posición observada en distintos momentos del tiempo (Hira, 2007), o entre posiciones diferentes (Joignant, 2011a), o bien destacando el tiempo de ocupación de un cargo para asentar la idea weberiana según la cual se trata de agentes que viven de y para la política. Sin embargo, este segundo conjunto de estudios es a menudo calificado, y estigmatizado, como excesivamente descriptivo, sin que se aprecien claramente las ganancias en inteligibilidad (lo que Bachelard llamaba *conquistas científicas*) que son aportadas por la investigación de las características sociales de los individuos que se desempeñan en cargos, posiciones y funciones políticas,

lo que se corregiría a través de estrategias de análisis que incorporen las dimensiones históricas y los vínculos entre distintos tipos de élites (que es lo que explica el atractivo de los análisis de redes).

Existiría, por lo tanto, aparentemente poco espacio para innovar sobre lo que debe ser estudiado en lo que a élites o profesionales de la política se refiere, puesto que además de las áreas de estudio que hemos señalado, y que son una y otra vez revisitadas, existen sólo tres enfoques metodológicos destinados a identificar y analizar a quienes forman parte de estos grupos exclusivos: el reputacional, el decisional y el posicional (Hoffman-Lange, 2007). Son estos enfoques los que se han traducido en notables trabajos empíricos, desde las clásicas investigaciones sobre parlamentarios o congresales<sup>1</sup> hasta la composición de gabinetes ministeriales (por ejemplo, Mathiot y Sawicki, 1999a y 1999b), tanto en un solo país a lo largo del tiempo (por ejemplo, sobre México: Camp, 1995) como en comparación entre naciones (Blondel y Muller-Rommel, 1997), muchas veces conjugando estrategias de análisis institucional<sup>2</sup> con datos referidos a algunas características de los agentes individuales, a menudo mediante análisis de correspondencia entre las propiedades sociales de ministros o diputados y las que se encuentran distribuidas en menor escala en la población general (Gaxie, 1980, 1983). Naturalmente, los textos señalados constituyen tan sólo botones de muestra de la orientación de la literatura empírica sobre élites, cuya abundancia disuade al investigador de ensayar nuevas estrategias de análisis dado que se han emprendido estudios sobre prácticamente todos los aspectos concebibles acerca de grupos de individuos notables bajo algún aspecto. Los límites de la investigación residirían, únicamente, en el alcance de los enfoques metodológicos, esto es, en la carencia de investigaciones longitudinales, y sobre todo comparadas.

Sin embargo, existe un aspecto sobre el cual la literatura suele ser ciega, o muy poco locuaz: los *recursos* de los que disponen los individuos en distintos momentos del tiempo que les permiten tener acceso a una posición, emprender una carrera parlamentaria o gubernamental (o una

<sup>1</sup> Los trabajos de Alcántara (2006) sobre los parlamentarios latinoamericanos constituyen un buen ejemplo de esta literatura.

<sup>2</sup> Por ejemplo, de selección de candidatas y reclutamiento en el Ejecutivo; sobre América Latina, véase Siavelis y Morgenstern (2008). Para un enfoque que compara los mecanismos de selección y reclutamiento distinguiendo entre regímenes presidenciales y parlamentarios, véase Samuels y Shugart (2010).

combinación de ambas) y, por tanto, acumular lo que se suele vagamente calificar de poder político.

Este artículo se propone contribuir a este campo de investigación analizando los recursos de los que disponen los individuos que forman parte de la élite política, los que se encuentran en el origen de agentes desigualmente competentes para ascender y circular entre posiciones de poder, en la medida que estos recursos dibujan distintos tipos de trayectorias probables en diferentes momentos del tiempo para un mismo individuo, en función de las coyunturas históricas y de las propiedades del campo político. Para dar cuenta de los recursos de los que disponen los agentes, nos centraremos en tres regiones del campo político: partidos, congreso (o parlamento) y gobierno. Para ello es importante interesarse en las dotaciones de capital en distintos momentos de la biografía de estos individuos políticamente notables (dirigentes partidarios, diputados y senadores, ministros y subsecretarios, así como jefes de Estado), dando cuenta de las lógicas de acumulación de recursos, de las trayectorias que prefiguran, de las bifurcaciones que pueden producirse a lo largo de una carrera y de las formas de competencia política que se encuentran involucradas.

#### CAPACIDADES, AMBICIONES Y HABILIDADES: LOS LÍMITES DE LOS ENFOQUES MOTIVACIONALES

Interesarse en los recursos de los que disponen los individuos equivale a enfocarse en las fuentes políticas y sociales que se encuentran en el origen de la ambición, de las carreras y del poder asociado a un agente o un grupo de agentes. Sin embargo, son precisamente estas fuentes las que suelen ser omitidas del análisis, privilegiando las habilidades de los agentes en virtud de capacidades de las que sabemos poco acerca de su origen, a partir de una tácita concepción de la ambición que es concebida como atributo innato, o si se quiere como mera voluntad de poder.

En dos olvidados artículos, Black se propuso sentar las bases de una teoría de la profesionalización y de la ambición política. Lo interesante en estos dos trabajos es que el autor se abocó a objetivar tanto la profesionalización como la ambición política, realizando mediciones a partir de las preguntas de una encuesta que fue aplicada a 433 concejales en ejercicio en el área de San Francisco, intentando resolver un problema de causalidad y verificar un supuesto. El problema causal se expresa en

una pregunta enigmática: ¿estos individuos acceden a la política ocupando una posición institucional en dicho espacio porque son hábiles para negociar y llegar a acuerdos o porque desarrollan estas habilidades después de entrar en la arena política? (Black, 1970: 866). En cuanto al supuesto a verificar sobre la ambición involucrada, éste toma la forma de una afirmación: los individuos que buscan puestos (*office-seekers*), “en lugar de ser conducidos por una excesiva ambición, tienden a desarrollar lentamente la ambición como resultado de sus cambiantes circunstancias” (Black, 1972: 145).

Para resolver estos dos problemas de investigación, Black se apoyó en las respuestas de los encuestados a las preguntas referidas a sus expectativas de ocupación del cargo de concejal, indagando acerca de su eventual interés en ir a una reelección o en intentar conquistar otro tipo de posiciones, distinguiendo entre comunas según sus tamaños y niveles de disputabilidad electoral, lo que le permitió razonablemente dar cuenta de las concepciones del riesgo involucradas, de los costos asociados y de las ganancias que eran percibidas por estos agentes de quienes se supone actúan de modo racional. Pero el principal valor en estos dos trabajos extrañamente olvidados no reside sólo en lo que allí se explica, sino también en lo que no se logra explicar ni verificar: en efecto, los datos de Black no permiten establecer si las habilidades de los individuos hicieron posible que ellos fuesen “reclutados porque originalmente tuvieron estas actitudes, o si fueron socializados en estas actitudes después de haber llegado a la concejalía” (Black, 1970: 878), lo que a su vez redundaba en una “ambición” de origen desconocido, y por tanto inexplicable, en donde los mismos datos perceptivos del autor sugieren que “fuerzas más inmediatas juegan también un poderoso papel” (Black, 1972: 158) en el desarrollo de las carreras de los agentes.

Las dificultades del enfoque de Black se asocian clásicamente a las aporías de las corrientes motivacionales, a menudo proclives a razonamientos circulares, en donde no es posible distinguir entre orígenes y realidades, entre causas y efectos, entre descripción y explicación de la conducta observable, sobre todo si se niega todo interés al “pasado distante” de los individuos que exhiben motivos para hacer lo que hacen (por ejemplo, emprender una carrera parlamentaria), incluyendo “las experiencias familiares” (Black, 1972: 158). Es esta falencia la que es reconocida mucho más tarde por Schneider y Teske (1992) en el marco de otra teoría, en este caso la del empresario político. En su trabajo, los autores constatan que “ni las motivaciones de los empresarios ni el

porqué los empresarios emergen” en política han sido investigados, lo que es abordado a través de “un enfoque económico del emprendimiento” (Schneider y Teske, 1992: 745). A diferencia de Black (cuyos trabajos no son citados por los autores), Schneider y Teske se interesan en la emergencia de figuras políticas empresariales, como los empresarios del crecimiento económico, los empresarios del antecrecimiento y los nuevos populistas fiscales, “antes de estudiar en detalle sus estrategias específicas y el impacto de sus políticas” (Schneider y Teske, 1992: 742, el subrayado es mío). Para tal efecto, estos dos autores no se interesan en los empresarios como tales, sino más bien en las condiciones locales (demográficas y fiscales) de su emergencia. En tal sentido, este enfoque resulta ser un real progreso en relación a la teoría que fue propuesta veinte años antes por Black, puesto que aclara un cierto número de condiciones para la eventual emergencia de agentes políticos de origen empresarial. Sin embargo, sigue sin recibir respuesta la pregunta referida a los orígenes políticos y sociales de la ambición, de las habilidades y de las capacidades de aquellos agentes que reconocemos como excepcionales una vez que acceden al campo político, quienes aprovechan determinadas oportunidades de las comunidades en que se insertan.

¿Por qué tan sólo una minoría de agentes se interesa por la política? ¿Cómo explicar que sean aún menos los individuos que se muestran dispuestos a ingresar a un partido y a partir de allí emprender una eventual carrera política? ¿Cuáles son las razones que explican la desigual distribución del interés, la vocación, la virtud y la competencia para ingresar al campo político, permanecer en él y, tal vez, conquistar posiciones de dominación en una o varias de sus arenas? Para responder a estas preguntas no basta con apelar a ambiciones o habilidades que no logran ser explicadas a través del lenguaje de los motivos, puesto que da por sentada su existencia, del mismo modo que el sentimiento de sentirse competente se torna relativamente entendible a la luz de circunstancias cambiantes o de condiciones de posibilidad y completamente incomprensible si uno se interroga sobre su génesis, que es precisamente lo que se debe explicar. En tal sentido, Stolz tiene razón al señalar que desplazarse entre posiciones de poder político “no sólo requiere la oportunidad, sino también la ambición de hacerlo”, la que a su vez “es dependiente de varios factores” (Stolz, 2003: 242). Para dar cuenta de estos “factores” que originan la ambición política y el sentimiento de sentirse autorizado para representar intereses, existen dos estrategias complementarias de investigación disponibles. La primera consiste en retomar la agenda de investigación de la

literatura sobre socialización política, pero en este caso concentrándose exclusivamente en las trayectorias de acceso a la política de quienes se transformaron en agentes profesionales de esta actividad. La segunda estrategia supone interesarse en las carreras políticas de estos mismos agentes, dando cuenta no tanto de sus motivos como de los recursos de los que disponen en distintos momentos del tiempo, que generalmente son llamados “capital político”. En las páginas que siguen me centraré en esta segunda estrategia de análisis.

#### EL CAPITAL POLÍTICO: ESPECIES DE CAPITAL Y VALORES VARIABLES

Partamos de una afirmación destinada a despejar eventuales confusiones y malentendidos: en el campo político no existe nada parecido a un recurso único mediante el cual se compita para llegar a posiciones de elección o de designación gracias a las cuales se domina en este espacio. En efecto, si éste fuese el caso, esto significaría que los juegos políticos se podrían ganar acumulando grandes cantidades de ese recurso, que sería idéntico a sí mismo en distintos momentos del tiempo, lo que remitiría a representaciones de la competencia en donde la victoria y la derrota serían el resultado de volúmenes y magnitudes desiguales de capital político, cualquiera que sea la especificación de este último. De esta afirmación se desprende una consecuencia: en el campo político confluyen distintas especies de recursos sobre las que se funda la competencia de quienes se sienten autorizados a involucrarse en política y a transformarse en profesionales de esta actividad, lo que generalmente es descrito en el lenguaje ingenuo e irreal de la vocación, el desinterés y la virtud. Ingenuo porque el lenguaje del virtuosismo es equivalente al vocabulario que destaca las habilidades del agente, lo que conduce a callejones sin salida a la hora de explicar lo que origina la virtud, salvo si es considerada como una cualidad innata, o como una esencia excepcional de unos pocos agentes inimitables: si es ésta la opción del investigador, nos enfrentaríamos nuevamente a las aporías de los enfoques motivacionales, en donde el interés y la virtud son concebidos como datos sobre los que se asientan recursos subordinados a una voluntad de poder que no requiere ser explicada. Pero tampoco es realista, porque describir todo lo que acaece en el campo político avalando la filosofía del desinterés de los agentes que compiten los unos con los otros lleva a desconocer que detrás del desinterés existen

capitales que tan sólo unos pocos agentes pueden detentar, con todo lo que ello implica en cuanto a exclusión y segregación.

A lo que aludo con esta afirmación es a un supuesto metodológico: para acceder duraderamente al campo político en alguna de sus arenas (partido, parlamento o congreso, gobierno), ocupando posiciones de dominación en ellas, se requiere estar en posesión de un capital en alguna de sus especies pertinentes en este espacio, así como de una cierta competencia que el primero prefigura. Esta conjunción del capital y de la competencia fue abordada por el programa de investigación de Pierre Bourdieu, un autor que distinguía entre *especies* de capital, el *habitus* de los agentes y las propiedades del *campo* (en este caso político), pudiendo variar históricamente estas últimas, lo que incide en las especies pertinentes de los recursos que son valorados en este espacio en distintos momentos. Esto quiere decir que el capital político es tan sólo una de las especies posibles que habilitan a los agentes para acceder al campo político, lo que a su vez redundaría en distintas formas de habitar el mundo político, de actuar en él, de percibir lo que allí ocurre, de apropiarse de diferentes modos de sus roles y objetos, y por tanto de profesionalizarse en dicho espacio; esto es, un conjunto de maneras prácticas de permanecer en el campo político que son unificadas por el habitus. En tal sentido, el habitus se presenta como una matriz de comportamiento, o, mejor dicho, como un principio cognitivo socialmente constituido que opera en dos direcciones de la práctica, en este caso del político profesional: por una parte, el habitus es un principio estructurado, es decir, un conjunto de aprendizajes que fueron internalizados por el agente y ordenados en la forma de un esquema (*schème*) organizador de sus prácticas, que es lo que le confiere coherencia a la actividad perceptiva del individuo; y por otra un principio estructurante que se manifiesta en modalidades también coherentes de apropiación del mundo político y sus objetos.<sup>3</sup> Dicho de otro modo, si el habitus opera como matriz o como gramática generadora de prácticas coherentes y orquestadas es porque en su origen se encuentran presentes aprendizajes e internalizaciones; esto es, formas

<sup>3</sup> La definición más acabada del habitus por parte de Bourdieu es la que se encuentra desarrollada en su libro *El sentido práctico*: “sistemas de disposiciones duraderas y transponibles, estructuras estructuradas predispuestas a funcionar como estructuras estructurantes, es decir como principios generadores y organizadores de prácticas y representaciones que pueden estar objetivamente adaptadas a su objetivo sin suponer la intención (*visée*) consciente de fines y el dominio expreso de las operaciones necesarias para alcanzarlos” (Bourdieu, 1980: 88).



de cultura práctica cuya adquisición tiene lugar durante los procesos de socialización (Bourdieu, 1979, 1980). Es por esta razón que el habitus, pongamos por caso del político, está hecho de un conjunto de aprendizajes de conocimientos y habilidades que tienen lugar tempranamente en la vida, generalmente mediante formas variables de familiarización con los objetos políticos (en el hogar) y de inculcación de saberes (en la escuela), lo que explica que se trate de un principio cognitivo extraordinariamente duradero.

Según Bourdieu, sólo tres de estas especies de capital son propiamente políticas, lo que se determina a partir de una concepción del habitus según la cual este esquema generador de prácticas exige un entrenamiento especial, o, si se quiere, una forma particular de socialización del agente. En primer lugar, “el capital personal de ‘notoriedad’ y de ‘popularidad fundado en el hecho de ser conocido y reconocido”, ya sea porque el agente posee un renombre o debido a que se beneficia de una reputación derivada de “calificaciones específicas” (Bourdieu, 1981: 18), que se transforma en una especie política de capital al cabo de un trabajo de reconversión por parte del agente de los recursos que pudieron haber sido adquiridos al exterior del campo. En segundo lugar, el capital personal de corte “heroico o profético y en el cual piensa Max Weber cuando habla de ‘carisma’”, que es el resultado de algún tipo de “acción inaugural”, por definición excepcional al realizarse en situaciones de crisis (Bourdieu, 1981: 18). Finalmente, el “capital delegado de autoridad política”, que es controlado por una institución y transferido de modo condicional por ella a un agente beneficiario (Bourdieu, 1981: 19). Exceptuando el primer caso, correspondiente al capital de notoriedad personal que se suele originar no en el campo político sino más bien fuera de él (lo que se ajusta a aquellos individuos que se forjan una reputación en otros espacios, como, por ejemplo, el teatral o el deportivo, que la reconvierten en recurso pertinente al momento de competir, por ejemplo, por un cargo de elección popular), se trata de recursos propiamente políticos que se generan al interior de este campo diferenciado. Sin embargo, como se verá posteriormente, para ingresar al campo no sólo son eficientes las especies políticas del capital.

En cuanto al campo político, si bien posee propiedades generales, al igual que todos los campos (Bourdieu, 1984), es importante recalcar que Bourdieu nunca se propuso dar cuenta sistemáticamente de sus transformaciones (para un intento inspirado en su sociología, véase Champagne, 1990). Sin embargo, una vez que el análisis incorpora la dimensión

histórica del campo político, de la cual Bourdieu se mostraba distante,<sup>4</sup> resulta posible inferir profundas transformaciones que tienen incidencia en el valor variable de los capitales invertidos por los agentes en distintos momentos del tiempo, y por consiguiente en el tipo de agentes que tienen acceso a él en algunas de sus arenas. Es así como, por ejemplo, la introducción del sufragio universal trajo consigo la invención de varios dispositivos que modificaban el funcionamiento de un campo cada vez más autonomizado y diferenciado, que incidían, por tanto, en el valor de los recursos invertidos: la cámara secreta, la urna, la materialidad del sufragio, las dietas y los fueros, y así sucesivamente; esto es, un conjunto de tecnologías que implicaban la aparición de nuevos agentes (y tras ellos de nuevos partidos) y, más profundamente, de formas inéditas de división del trabajo político (Déloye e Ihl, 2008; Offerlé, 1993; Garrigou, 2002). Lo relevante en este aspecto es destacar que a medida que estas transformaciones se sucedían, los recursos valorados en el campo político variaban históricamente, lo que explica el valor inconstante de las distintas especies de capital mediante las cuales los agentes buscaban acceder al campo político y permanecer en él, conquistando posiciones de dominación. Ilustremos este argumento: si las relaciones de lealtad hacia un político podían verificarse por parte de agentes electorales situados en los recintos de votación con ocasión de cada elección en los tiempos en que no existía aún la cámara secreta, este recurso de corte clientelista dejaba de ser pertinente a medida que se imponía esta tecnología de separación momentánea del votante respecto de la mirada apabullante del agente electoral (Garrigou, 1988; Joignant, 2002).

Un moderno ejemplo, entre varios, de estas mutaciones del campo y de la considerable inestabilidad del valor de los capitales invertidos por los agentes lo proporciona un estudio referido a una forma de capital político delegado en un espacio municipal, Roubaix, una comuna situada en el norte de Francia. Es así como Lefebvre muestra, de manera convincente, cómo en el socialismo galo el titular de un cargo de elección (en este caso el alcalde) era sometido a la soberanía del partido. Esta clásica situación de delegación de capital político objetivado en un partido a favor de un representante de sus filas se torna problemática en Roubaix, en donde “el capital político acumulado por el alcalde lo conduce a sustraerse del partido, pero también conduce, de modo igualmente decisivo,

<sup>4</sup> Al respecto, la literatura de socio-historia de lo político es sumamente pertinente (Offerlé, 1999; Lagroye, 2003; Joignant y Godoy, 2010).

al partido a apoyarse en el alcalde” (Lefebvre, 2004: 248). Este ejemplo municipal de inversión de los términos del capital involucrado muestra de qué modo la lógica de apropiación de un recurso está sujeta a transformaciones históricas; en este caso en un espacio de competencia local, en donde en una misma comuna la forma de generación y apropiación del capital cambia drásticamente.

Es por esta razón que Offerlé, al hacer la sociología de los partidos políticos, constata que en este particular espacio de competencia se reúnen dos tipos de capitales: por una parte, “el capital objetivado de los partidos y de tal partido particular”, y por la otra un capital fundamentalmente vinculado al agente individual; esto es, “capital incorporado, habitus de profesional y/o de militante” (Offerlé, 1987: 26). Esa convergencia entre dos tipos de capital, objetivado e incorporado, puede en algunos partidos favorecer más al capital objetivado que al capital incorporado (que es lo que corresponde clásicamente a los partidos comunistas: Pudal, 1989), mientras que en otros partidos la situación puede ser exactamente al revés (como en el caso típico de aquellas fuerzas que reclutan preferentemente candidatos ya dotados de capital incorporado, como por ejemplo la notoriedad: Joignant y Navia, 2007). Lo que se juega en ambas situaciones es el peso relativo del partido respecto al candidato: para decirlo en el lenguaje institucional de Morgenstern y Siavelis, “los arreglos partidarios ayudan a definir si los candidatos les deben lealtad a las élites partidarias (...), a los militantes (...), a los electores, a los grupos de fuera o a ellos mismos” (Morgenstern y Siavelis, 2008: 379). Pero, sobre todo, el peso histórico del capital objetivado respecto al capital incorporado puede variar al interior de un mismo partido, que es lo que se ajusta al caso del partido socialista en Roubaix: si durante décadas lo que predominaba en el socialismo municipal en Roubaix era una forma delegada de capital objetivado, la situación cambia paulatinamente al invertirse los términos del capital y, por tanto, los valores de los recursos involucrados, al tornarse dominante en aquel espacio local el capital incorporado.

Lo anterior muestra cuán importantes pueden llegar a ser las transformaciones históricas de los valores asociados a distintos tipos de capital político, en este caso sus formas objetivadas e incorporadas. No puede, entonces, ser motivo de sorpresa que el valor político de las distintas *especies* de capital también esté sujeto a profundas variaciones históricas. Lo que cabe entender por especies de capital son los orígenes de los recursos, o, si se quiere, el campo, espacio social o eventualmente acontecimiento (como en el caso típico del capital de notoriedad en su variante caris-

mática) en el que tal o cual especie fue creada y acumulada. Esto quiere decir, entonces, que la especie *política* del capital (como, por ejemplo, la que se origina en un partido a través del militantismo de larga data, o la ocupación de posiciones de liderazgo intermedio en el partido, la herencia de capital político doméstico en la forma de un apellido prestigiado por dinastías familiares, etc.) es tan sólo una de las especies posibles, pudiendo existir otras especies cuyo valor es reconocido en el campo político en un determinado momento del tiempo. Un buen ejemplo de una especie económica de capital cuyo valor es reconocido en el espacio político lo proporcionan aquellos hombres de negocios que accedieron a posiciones de dominación regional al cabo de elecciones competitivas en la Rusia de los años noventa, “suplantando a los partidos políticos nacionales” (Lallemand, 2008: 89). Si esto fue posible, la razón no radica en el valor intrínseco de los recursos poseídos por estos hombres de negocios, como tampoco en “sus cualidades personales” (Lallemand, 2008: 89), sino más bien en un conjunto de oportunidades en las que confluían la creciente autonomización de las escenas políticas regionales y la inestabilidad de las reglas del juego político ruso en la década de los noventa. Sin embargo, del mismo modo que el valor de este recurso empresarial fue reconocido por el campo político ruso en un momento determinado, esta misma especie de capital fue desacreditada como recurso pertinente en un momento posterior, el de los años 2007-2008, que corresponden a la “configuración autoritaria” liderada por Putin, la que “devaluó a este actor político” (Lallemand, 2008: 89).

Por consiguiente, es importante estar atentos a las fluctuaciones del valor asociado a las distintas especies del capital, incluyendo las especies políticas, puesto que en un mismo espacio de competencia (partido, municipalidad, distrito, circunscripción, eventualmente un país entero, pero también en arenas transnacionales: Dézalay y Garth, 2002) la naturaleza objetivada del recurso podrá ser muy desigualmente valorada en distintos momentos del tiempo. Al respecto, convengamos que en tiempos de desafección y de considerable desprestigio de los partidos en no pocos países el valor del capital político objetivado podría encontrarse en entredicho, lo que a su vez podría redundar en una mayor valoración de formas de capital político incorporado y crecientemente autonomizado de los partidos.

Es por esta razón que Blondel y Müller-Rommel tienen razón en recordar que lo que ellos llaman la “élite política” está sujeta a segmentaciones horizontales, y sobre todo verticales (“los partidos y las ‘élites’

de partido, los miembros de la legislatura —parlamento o congreso— y los gobiernos”), y que, además, “existen subdivisiones de estos tres conjuntos de instituciones: en los partidos, entre el centro y los cuerpos regionales y locales; en las legislaturas, entre miembros de comité importantes y el resto”, y en los gobiernos entre distintas jerarquías ministeriales (Blondel y Müller-Rommel, 2007: 825). Si bien el interés de estos dos autores está exclusivamente centrado en las élites políticas, es conveniente tomar nota de la existencia de una topografía de posiciones a las que distintos tipos de agentes logran llegar, aunque se suele olvidar que el acceso a posiciones y la circulación entre posiciones depende de las distintas especies de capital que son acumuladas por los agentes. Para decirlo en otros términos, dependiendo de la dotación de capital en un determinado momento del tiempo por parte de un agente particular, ésta se encontrará en el origen de trayectorias políticas probables, marcadas por un trabajo de discriminación entre posiciones, lo que desembocará en carreras que se tornan verosímiles precisamente porque el agente ajusta su voluntad de poder (lo que Black llamaba su “ambición”) a los recursos que él detenta, persiguiendo posiciones congruentes con las propiedades del capital efectivamente poseído (“me puedo permitir ser subsecretario”... aunque no ministro).

Con el fin de ejemplificar lo que se juega en la topografía de posiciones de poder político disponibles y su relación con la dotación de capital utilizable en distintos momentos, es interesante detenerse en el caso de un gran político latinoamericano, el brasileño Fernando Henrique Cardoso. De manera sumamente sugerente, Whitehead destaca las varias vidas de quien fuese ministro de Finanzas, senador y presidente del Brasil. Más allá de que el autor sucumba ante los encantos de la biografía del agente (eso que Bourdieu llamaba la “ilusión biográfica”, en Bourdieu, 1986) sin mediar vigilancia alguna sobre sus juicios de valor (“FHC fue el hombre correcto, en el lugar correcto, en el momento correcto”, en Whitehead, 2009: 125), éste no se equivoca al preguntarse “lo que motivó su [la] carrera; qué bagaje trajo el líder al cargo (ideología, bagaje familiar, rasgos de carácter, experiencias de vida, deudas con patrocinadores); qué equipo de ministros fue reunido y cómo sus talentos fueron usados; qué rivales (o enemigos) estimularon al líder en su autodefinición”, y así sucesivamente (Whitehead, 2009: 127). En todas estas dimensiones de las varias vidas de Cardoso, lo que se encuentra activamente invertido es una forma intelectualizada de capital que permite acceder a posiciones de poder político, las que provocan transformaciones en el agente (desde

el respetado profesor de sociología al senador, y del senador al ministro de Finanzas) para desembocar, después de transitar por varias formas de existencia, en la presidencia del Brasil. En todo este trayecto es el habitus del individuo el que se encuentra comprometido, pero también lo están distintas especies de capital que se van acumulando e hibridando hasta transformar la identidad pública del agente y su sentimiento de competencia política en función de lo que el campo político brasileño admite como recurso pertinente y digno de reconocimiento de su valor.

La restitución de la trayectoria de Cardoso por parte de Whitehead se presenta en la forma de la coherencia política, del sentido de la oportunidad y de un destino que, forzando un poco el argumento, se encontraba prácticamente escrito de antemano. Naturalmente, las trayectorias de los agentes políticos están también marcadas por el signo de la derrota y el fracaso; esto es, pequeños y grandes acontecimientos individuales que dibujan otras trayectorias y bifurcaciones de una biografía que es menos destino que sentido práctico del juego y las oportunidades que éste ofrece. En todos los casos, son distintas especies de recursos las que se encuentran comprometidas, las que, a su vez, moldean los intereses de los agentes y sus habilidades; eso que Bourdieu llamaba un *savoir-faire*, esto es, cultura y sentido práctico de lo que se encuentra en juego en el campo político: al igual que el arte según Durkheim, la política es “práctica pura sin teoría”.

Es sobre estas bases —que podríamos resumir con la idea de diversidad de especies y oscilaciones del valor de los recursos invertidos en el campo— que es posible avanzar en los lineamientos de una teoría general del capital político. Para lograrlo es preciso no perder de vista que el valor del capital, y la importancia de sus agentes portadores, está profundamente determinado por las propiedades generales de los campos (que hacen posible comparar el campo político con otros campos sociales), pero también por sus transformaciones históricas, que pueden ser el resultado de nuevas formas de división del trabajo político, de los cambios a los que están sujetas las reglas del juego y las oportunidades políticas y, más excepcionalmente, de la ocurrencia de eventos críticos.

#### LAS METAMORFOSIS DEL CAPITAL: LÓGICAS DE ACUMULACIÓN Y TRAYECTORIAS INDIVIDUALES

Tratándose de una teoría general del capital político, es importante no perder de vista su terreno de aplicación, reconociendo de este modo

que su utilidad puede variar en función de la naturaleza cultural de la sociedad en la que se insertan el campo y sus agentes políticos. En este caso, se trata de una teoría en que las distintas especies de capital son pertinentes en América Latina —muy probablemente también en Europa en varios aspectos— y con muchas dificultades en otras latitudes geográficas y culturales, en donde las dimensiones étnicas, dialectales, religiosas y territoriales son probablemente muy distintas. La unidad de análisis, o, si se quiere, el átomo lógico de la adquisición e inversión del capital, es el agente individual, lo que conduce a distinguir dos formas de acumulación: por una parte, la acumulación primitiva del capital en alguna de sus especies y, por la otra, la acumulación estratégica (o interesada) de los recursos, que es aquella forma de acumulación que proviene de la larga trayectoria del individuo al interior del campo,<sup>5</sup> que se traduce en decisiones de inversión que permiten al agente circular entre posiciones, emprendiendo una carrera política.

Respecto a la acumulación *primitiva*, sabemos que las especies políticas de capital pueden ser tempranamente adquiridas, en los procesos de formación del habitus en el hogar y en la escuela. Es a esa forma primitiva de acumulación y transmisión del capital que aluden las situaciones de herencia de apellidos de alto prestigio político en un partido, grupo de partidos o en todo un país (las dinastías políticas familiares), pero también los casos de transferencia de redes sociales y políticas entre padres e hijos o al interior de la familia extendida —lo que Bourdieu llamaba “capital social” y que Coleman (1988) y Granovetter (1973) entendían en el lenguaje de las conexiones y los vínculos; para un intento de operacionalización mediante la construcción de indicadores, véase Putnam (1993)—. En estos dos ejemplos resulta evidente que se trata de especies políticas de capital que no son generadas por el agente, sino más bien heredadas y destinadas a ser reproducidas por la primogenitura, las que toman la forma incorporada de esquemas cognitivos que permiten eventualmente incrementar y diversificar estos recursos originarios a través de estrategias de inversión (por ejemplo, en carreras partidarias, parlamentarias o gubernamentales, y en menor medida mediante reconversiones en otros campos). En tal sentido, las especies políticas de capital son especies escasas, no sólo en el sentido banal, según el cual pocos agentes pueden beneficiarse de ellas, sino también y sobre todo porque se trata solamente de una

<sup>5</sup> Lo que no significa descartar carreras y trayectorias veloces, esas que el sentido común periodístico tiende a calificar como “meteóricas”.

fracción de los recursos que es posible invertir en el campo político. En cualquier caso, la acumulación *estratégica* de capital propiamente político tiene lugar una vez que se ingresa al campo, en donde la actividad del agente y su eventual progresión en este espacio pueden originarse en lo que Matonti y Poupeau llaman “capital militante”,<sup>6</sup> el que normalmente es conducente a posiciones subordinadas en el campo pero que también puede desembocar en posiciones de dominación en este mismo espacio, lo que podría derivar en formas oligárquicas de recursos.<sup>7</sup>

De ahí, entonces, que sea necesario interesarse en otras especies de capital que podrían encontrarse en el origen de un *habitus* político al estar conformadas por aprendizajes y recursos sociales que son normalmente acumulados en el transcurso de trayectorias distintas a las políticas. Estos aprendizajes pueden también tener lugar tempranamente en la vida de los individuos, o bien ocurrir en etapas posteriores, como, por ejemplo, en la escuela, la universidad o a lo largo de la vida adulta (en el ejercicio de una profesión o frecuentando nuevos espacios sociales).<sup>8</sup> Pero en todos los casos se trata de capitales que son adquiridos al exterior del campo político, los cuales son reconvertidos para ingresar y, eventualmente, permanecer en dicho espacio mediante la ocupación de una o más posiciones de poder. Una parte importante de la lógica acumulativa de esta forma estratégica e interesada de capital es capturada por Black. Una vez que el agente accede al campo político mediante una reconversión exitosa de recursos que fueron adquiridos en otros espacios, o a partir

<sup>6</sup> El capital militante debe ser entendido como un capital “incorporado en la forma de técnicas, disposiciones para actuar, intervenir o simplemente obedecer, el que recubre un conjunto de saberes y de *savoir-faire* movilizables en las acciones colectivas, en las luchas inter o intrapartidarias, pero que son también exportables, convertibles en otros universos, y de este modo susceptibles de facilitar algunas ‘reconversiones’” (Matonti y Poupeau, 2004: 8). Con el fin de ilustrar el argumento de estos dos autores, el capital militante puede expresarse en destrezas organizacionales de algunos individuos mediante las cuales un partido se arraiga en territorios densamente poblados y pueden prolongarse en organizaciones sociales, y hasta reconvertirse en ellas (del partido a las organizaciones no gubernamentales o asociaciones de la más diversa índole; para un ejemplo chileno, véase Delamaza (2011).

<sup>7</sup> Esta segunda especie de capital, lo que llamo “capital político oligárquico”, puede consistir en nombramientos en cargos de ministro, en posiciones de elección en el congreso o en una combinación de posiciones en ambas esferas (para un intento de operacionalización, véase Joignant (2011b).

<sup>8</sup> Un buen botón de muestra de la investigación sobre socialización política a la edad adulta que podría servir para alimentar la teoría del *habitus* en su variante secundaria es el libro compilado por Sigel (1989).



de formas heredadas de capital político, Black muestra acertadamente la racionalidad de lo que llama la “inversión acumulativa”, en donde el capital político tiende a incrementarse por el solo hecho de que el agente “continúa invirtiendo regularmente en política” (Black, 1972: 156). Esta dimensión inercial e incremental de la inversión de capital tiene dos consecuencias: en primer lugar, aumenta el volumen de capital en la medida que la inversión en política involucra elementos prácticos que se van acumulando y que son “más bien amorfos, tales como experiencia, conocimiento, prestigio, etc.”, con lo cual disminuyen, en segundo lugar, las posibilidades de sustraerse de la contienda que tiene lugar al interior del campo al transformar “las alternativas no profesionales que se encuentran fuera de la secuencia de carrera como relativamente menos atractivas” (Black, 1972: 156). Como se puede advertir, Black muestra de qué modo es posible explicar esta verdadera ley del capital, según la cual “el capital va al capital” (*le capital va au capital*, Bourdieu, 1980: 204); esto es, una dinámica acumulativa que, llevada a la política, se explica por una suerte de efecto en espiral de las decisiones de inversión, en donde un acto de inversión tiende a producir al mismo tiempo sus condiciones de irreversibilidad.

Tal es la racionalidad de las distintas especies de capital, en donde tan sólo una fracción puede ser especificada como propiamente política. De este modo, el capital invertido en política puede ser objetivado o incorporado, heredado o adquirido, y sus formas de acumulación (primitiva o estratégica) son una función de las especies de recursos disponibles, cuyo valor y pertinencia dependen de las posibilidades históricas y contingentes del campo político.

Naturalmente, la reconversión exitosa de estos capitales que se originan al exterior del campo político no está garantizada, puesto que depende de la historia de cada espacio político nacional, de las coyunturas y de la naturaleza de lo que se encuentra en juego (*enjeu*) en un momento determinado. En tal sentido, del mismo modo en que el capital *empresarial* de no pocos hombres de negocios pudo haber sido valorado y pertinente en el campo político ruso en un determinado momento y devaluado en otro,<sup>9</sup> esta variabilidad puede también afectar a otras especies de capital. Es así como, por ejemplo, el capital *militar* pudo ser un

<sup>9</sup> Lo que también se observa en países como México o Chile, con las exitosas carreras políticas y presidenciales de Vicente Fox y Sebastián Piñera, en ambos casos a partir de capitales empresariales de origen que les permitieron desembocar en capitales políticos oligárquicos.

recurso electoralmente pertinente durante los años noventa en Chile,<sup>10</sup> lo que motivó que algunos generales en retiro compitieran con éxito en elecciones senatoriales, para en seguida desaparecer de la cámara alta, una vez concluida la transición a la democracia y definitivamente normalizadas las relaciones entre civiles y militares a partir del año 2000, lo que significó la devaluación de esta especie castrense de capital en la medida exacta en que el campo político se normalizaba.

De lo anterior se desprende que el valor de los recursos invertidos no depende de su naturaleza intrínseca, puesto que una importante fuente de variación del valor del capital puede residir tanto en las condiciones históricas que afectan al campo como en la configuración administrativa del Estado y del espacio político. En efecto, es importante tomar en consideración la naturaleza unitaria o federal del Estado a la hora de analizar empíricamente los capitales invertidos por los agentes, puesto que dependiendo de tal o cual configuración el valor de los recursos variará. En tal sentido, sabemos que los recursos invertidos no son los mismos en los espacios que Gaxie distingue, esto es, entre el “campo político central” y los “campos políticos periféricos” (Gaxie, 1993) en Estados unitarios y federales, puesto que los mayores o menores niveles de descentralización y autonomía de los espacios políticos se expresarán en un determinado mercado de posiciones e incidirán en las especies pertinentes de capital y, por tanto, en el tipo de agente que accede, permanece y progresa en el campo. En cualquier caso, la incidencia en las carreras parlamentarias de las distintas formas de organización administrativa de los Estados (incluyendo la aparición de niveles supranacionales) y del campo político ha sido recurrentemente analizada por la literatura, por ejemplo, Scarrow (1997) y Stolz (2003), así como por Dulong y Matonti en lo que concierne a las distintas maneras de entrar en el “rol” de consejeros regionales en Francia, dependiendo de si se trata de hombres o mujeres (Dulong y Matonti, 2007). En tal sentido, la estructura federal de países como Argentina, México o Brasil explica que la ascensión de muchos líderes políticos se origine en formas de poder territorial (“gobernaciones” en el país del sur y “estados” en el país del norte y en la nación carioca), lo que no necesariamente se repite en países cuya estructura administrativa es unitaria.

<sup>10</sup> Pero también en Venezuela y en menor medida en Perú, ya que el despegue de la carrera política de Hugo Chávez se funda en su capital castrense, del mismo modo que el de Ollanta Humala en el país andino.

La formación de especies burocráticas de capital ha sido a menudo destacada por la investigación sobre tecnocracia y *technopols* (véase el reciente trabajo sobre una “burocracia leal” de Ha y Kang, 2011), aunque no pocas veces al precio de confusiones y malentendidos. En efecto, desde que Williamson (1994) acuñó la categoría de *technopols* a comienzos de los años noventa con el fin de tipificar a agentes que exhiben importantes niveles de diplomas, así como habilidades políticas, se ha vuelto relativamente usual la confusión de las especies de capital involucradas y, por tanto, difícil distinguir a los burócratas de los tecnócratas, y a su vez a éstos de los *technopols*. Mientras los primeros constituyen un tipo de agente muy invisible en América Latina (no así en Europa), al tratarse de individuos que fundan su acceso al campo político mediante un trabajo de reconversión de un capital de familiaridad con el funcionamiento cotidiano del Estado (el capital *burocrático*), los tecnócratas son agentes que exhiben dos especies de capital *tecnocrático*: en primer lugar, el “capital tecnocrático pragmático”, en el que predominan recursos simbólicos de naturaleza racional sin que se observen en ellos componentes políticos, y en segundo lugar el “capital tecnocrático político”, en el que sí se aprecia una subespecie política incipiente de capital, en este caso bajo la forma del militante partidario, el que puede ser más o menos pasivo. De esto se sigue la existencia de dos variantes del tecnócrata: el *pragmático*, políticamente independiente, quien podría eventualmente formar parte de cualquier gobierno, sea de izquierdas o derechas,<sup>11</sup> y el *político*, como lo entienden Grindle o Camp, esto es, individuos en quienes convergen habilidades técnicas y políticas (Grindle, 1977; Camp, 1985, 1995).

Muy distinto es el caso de los *technopols*, el extraño neologismo originalmente acuñado por Williamson (1994), en el contexto de formación de lo que se conocerá como el “consenso de Washington”, y definitivamente popularizado por Domínguez (1997). Se trata de una clase de agentes que guarda un equívoco parecido con el tecnócrata político, al punto que

<sup>11</sup> Lo que corresponde históricamente al caso de los tecnócratas ingenieros en Chile desde la primera administración de Carlos Ibáñez (1927-1931) hasta la presidencia de Jorge Alessandri (1958-1964), quien pone término a la hegemonía de esta profesión a favor de los gerentes de empresas. Así, dos figuras paradigmáticas de esta clase de tecnocracia pragmática fueron Pablo Ramírez y Sergio Molina, quienes transitaban desde una administración a otra en virtud de una ideología meritocrática, de clase media y en nombre de la razón, y no de la política (Silva, 2008). De este modo, cuando Centeno enfatiza la “ideología del método” como uno de los rasgos discriminantes de la tecnocracia, es a su variante pragmática a la que hace referencia y no al conjunto del grupo tecnocrático (Centeno, 1993: 312).

varios autores los confunden. Sin embargo, los *technopols* constituyen un elenco particular de agentes, puesto que en ellos confluyen *al mismo tiempo* dos especies de capital que se encuentran contenidas en la categoría que los nombra como grupo. Por una parte, los recursos *técnicos* (*tech*), en la forma de credenciales académicas de excelencia, generalmente obtenidas en universidades de prestigio internacional, a menudo en Estados Unidos, originalmente en economía, una disciplina a la que se suman, en países como Chile, la ciencia política y la sociología en calidad de ciencias sociales que fueron tecnocratizadas de 1990 en adelante (Silva, 2008). Por otra parte, los recursos *políticos* (*pol*), que se traducen ya no en vagas alusiones a habilidades políticas, sino definitivamente en la ocupación de posiciones individuales o colectivas de poder partidario *antes* de alcanzar un primer nombramiento en el gobierno: presidentes, vicepresidentes o secretarios generales de partido, o miembros de los órganos colectivos superiores de sus organizaciones (comité central, directiva nacional, etc.). Se trata, entonces, de agentes poderosos tanto en el campo intelectual como en el político, lo que redundará en una competición política que los vuelve dominantes en ambos espacios.<sup>12</sup>

Es importante tomar nota de las dotaciones de capital disponibles para los agentes en el inicio de sus trayectorias, y eventualmente de sus carreras políticas, ya que esa dotación puede variar a partir del momento en que el individuo es beneficiado con algún nombramiento gubernamental o con alguna victoria electoral. En efecto, la dotación inicial de capital, pongamos por caso el capital de notoriedad, puede perfectamente combinarse con formas heredadas de recursos políticos (por ejemplo, con algún apellido prestigiado), lo que podría traducirse en el acceso exitoso a un cargo de elección: de ser así, la dotación inicial de capital se complementa con especies políticas que son posteriores (por ejemplo, saliendo del gobierno para presidir un partido o triunfar en una elección legislativa, o ambas cosas a la vez), las que podrían contribuir a impulsar las carreras políticas hacia trayectorias originalmente insospechadas. Es por esta razón que es sumamente relevante objetivar los recursos disponibles y no contentarse con describir y explicar las expresiones prácticas de competencias que carecen de capital, que es lo que se aprecia en la sociología pragmática de Boltanski y sus seguidores, quienes desconfían

<sup>12</sup> Para un estudio sistemático de los tecnócratas y *technopols* chilenos sobre los que se funda la distinción de los recursos y las competencias involucrados, véase Joignant (2011b).

tanto del término “capital” como de la idea de “recursos”. Es así como Boltanski muestra muy bien cómo operan las habilidades y las subidas en generalidad (*montées en généralité*, esto es, sus competencias críticas) de los agentes (cualesquiera que sean: políticos, sociales o personas comunes y corrientes), al precio de invisibilizar los capitales disponibles y de hacerse involuntariamente el portavoz —en lógica más o menos virtuosa— de aquello de lo que son capaces de emprender en el marco de situaciones de disputa (Boltanski y Thévenot, 1991; Thévenot, 2006; Boltanski, 2009).

De lo anterior se infiere la conclusión según la cual los capitales políticos disponibles no se encuentran nunca completamente determinados de antemano, lo que no significa que los capitales pertinentes en este espacio especializado de competencia sean infinitos. La pertinencia de los capitales variará dependiendo de las condiciones locales que afectan a los distintos campos nacionales, que por definición no son posibles de especificar de una vez y para siempre. Tanto la literatura científica como algunos estudios empíricos de carreras políticas en países tales como Estados Unidos (Swenson, 1982; Diermeier, Keane y Merlo, 2005; Feinstein, 2010), México (Grindle, 1977; Centeno y Maxfield, 1992; Ai Camp, 1985 y 1995), Brasil (Marengo dos Santos, 2004; Whitehead, 2009; Almeida, 2010), Francia (Gaxie, 1980 y 1983; Gaïti, 1990; Mathiot y Sawicki, 1999a y 1999b) o Chile (Joignant, 2011b; Delamaza, 2011; Dávila, 2011; Cordero y Funk, 2011; Silva, 2008 y 2011) sugieren el predominio de un número limitado de lo que aquí llamaremos *especies* de capital. Una de esas especies es “heredada”, la que aquí denominamos *capital familiar* con el fin de dar cuenta de los procesos de transferencia entre padres e hijos (y eventualmente entre abuelos y nietos, o una combinación de situaciones que son propias de las familias, y *a fortiori* de las dinastías políticas) no sólo de preferencias políticas, sino también y sobre todo de redes, reputación, clientelas, conexiones con donantes de dinero para eventuales campañas, etc. Ésta es la única especie de capital cuya adquisición no depende de un comportamiento activo del agente (salvo que se consideren las estrategias matrimoniales con hijas, o hijos, de políticos como el resultado de un cálculo): a este tipo de agente lo llamaremos *heredero*. Pero precisamente porque su estatus es distinto desde el punto de vista de su modo de adquisición que es importante distinguir esta especie de capital de aquellas otras que se originan por la vía de la construcción activa a lo largo de la vida social y política de los individuos.

Una segunda especie de capital, que probablemente se encuentra en el origen del militanismo partidario para no pocos líderes, es el *capital universitario*. Si bien se trata de un recurso de importancia variable según los países, es en el perímetro de las organizaciones políticas estudiantiles (generalmente universitarias, pero también en la educación secundaria) donde se adquieren o desarrollan las primeras formas de liderazgo político, con todo lo que ello supone en destrezas organizacionales, modalidades de toma de la palabra en público y así sucesivamente. Dependiendo de los países, se trata de un recurso que puede ser tempranamente atesorado (por ejemplo, en el contexto de las federaciones chilenas de estudiantes secundarios), y más generalmente en las universidades (liderando centros de alumnos o federaciones estudiantiles), el que a menudo explica el acceso al militanismo partidario, cuyo valor puede ser reconocido por el partido en un momento posterior del tiempo. Como es fácil sospechar, el reconocimiento de este recurso no puede ser muy tardío, ya que su valor radica precisamente en formas tempranas de inversión y uso por parte del agente, lo que supone que éste sea percibido tempranamente como pertinente por la organización partidaria desde la cual se puede acceder al campo político. El tipo de agente que es portador de este capital será simplemente llamado *dirigente estudiantil*.

De lo anterior se sigue una especie propiamente política de capital, que se divide en dos subespecies, ambas originadas en los partidos. La primera subespecie es la del *capital político militante* (Matonti y Poupeau, 2004), esto es, recursos que son adquiridos por los agentes mediante formas de inmersión en la vida partidaria durante periodos prolongados de tiempo sin que ello se exprese en la ocupación de posiciones de liderazgo al interior de la organización, lo que se traduce en el aprendizaje de un *know-how* y de destrezas prácticas que pueden ser susceptibles de valoración por parte de un partido con el fin de ingresar al campo político (aunque no por todos los partidos, y sobre todo no siempre): cuando este capital existe nos encontramos en presencia de un agente que llamaremos un *hombre de partido* (Joignant y Navia, 2003 y 2007; Offerlé, 1987; Pudal, 1989). La segunda subespecie es la del *capital político oligárquico* (esta subespecie del capital se inspira en Michels, 1971), y consiste en la adquisición de saberes y destrezas que se originaron a lo largo de trayectorias militantes no necesariamente prolongadas pero que desembocaron en el desempeño de cargos de poder de primera línea al interior del partido: es por esta razón que el agente típico será llamado *político profesional*.

La literatura comparada confirma la relevancia del capital tecnocrático en varios países, así como la especie technopolítica del capital en los países latinoamericanos tras la oleada de reformas de liberalización económica durante los años ochenta y noventa, sin perjuicio de que también se observa en Suecia (Marier, 2008). Mientras los agentes que disponen de capital tecnocrático en sus subespecies “pragmática” y “política” serán llamados, respectivamente, *tecnócrata pragmático* y *tecnócrata político*, el agente que ha acumulado capital technopolítico será llamado *technopol*.

En tal sentido, los capitales de origen pueden ser pensados como capitales de despegue de carreras partidarias, parlamentarias o gubernamentales, y pueden combinarse con otras especies de capital en el transcurso de cada trayectoria individual, que podrá ser acelerada o frenada, dependiendo del nivel de diplomas (capital cultural), de la clase social y del sexo del agente. De esto se infieren trayectorias improbables, como, por ejemplo, la de una mujer cuya posición social de origen es obrera y que carece de recursos culturales importantes, esto es, un tipo de agente que podría eventualmente acceder al campo político mediante el militanismo partidario, construyendo de este modo una forma delegada de capital militante, lo que prefigura la ocupación de posiciones intermedias en el partido o, en el mejor de los casos, dominadas en el campo político (por ejemplo, en el congreso, como diputada en distritos marginales y/o integrante de comisiones legislativas relegadas, como la de familia). En todos los casos, se trata de una tipología realista de capitales, en donde el agente individual es la unidad de análisis, lo que no impide que sobre la base de la agregación de casos sea posible y deseable construir tipos de agentes, identificando los recursos de acceso al campo y la lógica acumulativa de recursos en el transcurso de cada trayectoria. Es esta tipología de los capitales la que se refleja en el cuadro 1 (p. 610), la que exigiría ser confirmada o invalidada a partir de investigaciones empíricas.<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Para tal efecto sería ideal proceder a partir de estudios prosopográficos, o verificar la pertinencia del ejercicio tipológico a partir de encuestas sistemáticas a miembros de la élite política en uno o varios países (sobre Chile, véase Joignant, Torres y Perelló, 2012).

CUADRO 1  
 ESPECIES TEÓRICAS DE CAPITAL Y TIPOS HIPOTÉTICOS DE AGENTES POLÍTICOS

<i>Especies de capital</i>		<i>Tipos de agentes</i>
Familiar		Hereditario
Universitario		Dirigente estudiantil
Político	subespecie: militante	Hombre de partido
Político	subespecie: oligárquica	Político profesional
Tecnocrático	subespecie: pragmática	Tecnócrata pragmático
Tecnocrático	subespecie: política	Tecnócrata político
Technopolítica		<i>Technopol</i>
Notoriedad		Celebridad
Carismático		Líder carismático

## CONCLUSIÓN

No cabe duda de que Bourdieu legó una poderosa teoría sociológica sobre los capitales de los que disponen los individuos; esto es, recursos que pueden tener valor dependiendo de las propiedades históricas de los campos y de lo que allí se encuentra en juego, a condición de que los agentes estén dotados de ese sistema de disposiciones que el autor llamaba *habitus*. Es sobre estas bases teóricas y conceptuales que resulta posible construir una teoría general del capital político, lo que supone, en este caso, especificar las distintas especies pertinentes para los agentes, un ejercicio que fue emprendido a partir del desglose de buena parte de la literatura sobre élites políticas en cinco países (para una síntesis, véase Joignant, 2011c).

Del mismo modo en que Bourdieu afirmaba que la observación atenta del tenista podría permitirle al sociólogo establecer diferencias entre sus practicantes, que serían explicables porque convergen en ellos *habitus* distintos,<sup>14</sup> es también posible detectar diferencias entre políticos (lo que

<sup>14</sup> Bourdieu afirmaba que el “tenis, cuya unidad nominal enmascara el hecho que, bajo el mismo nombre, coexisten maneras de practicarlo” sumamente distintas, desde “el tenis en pequeños clubes municipales, en donde se practica en *jeans* y en ‘Adidas’ en terrenos duros” hasta “el tenis en tenida blanca y falda con pliegues” (Bourdieu, 1987: 205-206).



el sentido común del periodista llamaría “estilos” políticos distintos). Es esa observación de Bourdieu que condujo a Wacquant a constituir en objeto de investigación la fabricación del habitus pugilístico, que en este caso era analizada a través de la experiencia propia del sociólogo (Wacquant, 2010). Por muy extraño que pueda parecer, una teoría general del campo político como la que aquí se propone debería prolongarse en investigaciones que, más allá de los capitales identificados como pertinentes, se traducen en estilos y modalidades prácticas de habitar el mundo político, apropiándose de sus objetos y trofeos al cabo de innumerables luchas entre agentes igualmente competentes para competir pero desigualmente equipados para ganar. Es probablemente a esta dimensión de la competencia política a la que se refiere, con razón, Weissberg, al criticar la “confusión teórica entre jugar el juego y cuán bien uno lo hace” (Weissberg, 2001: 263), la que se disipa dando cuenta de los capitales de los que disponen los contendores en política, que se traducen en distintas maneras de luchar en el campo político, que es precisamente lo que describe el habitus.

## BIBLIOGRAFIA

- ACHIN, Catherine, Elsa Dorlin y Juliette Rennes (2008). "Capital corporel identitaire et institution présidentielle: réflexion sur les processus d'incarnation des rôles politiques". *Raisons Politiques*, 31: 5-17.
- ALCÁNTARA, Manuel, comp. (2006). *Políticos y política en América Latina*. Madrid: Fundación Carolina-Siglo XXI.
- ALMEIDA, Federico de (2010). "Inherited capital and acquired capital. The socio-political dynamics of producing legal elites". *Brazilian Political Science Review*, 4 (2): 32-59.
- BLACK, Gordon (1970). "A theory of professionalization in politics". *The American Political Science Review*, vol. 64, 3 (septiembre): 865-878.
- BLACK, Gordon S. (1972). "A theory of political ambition: Career choices and the role of structural incentives". *The American Political Science Review*, vol. 66, 1 (marzo): 144-159.
- BLONDEL, Jean, y Ferdinand Müller-Rommel, comps. (1997). *Cabinets in Western Europe*. Londres: Palgrave MacMillan.
- BLONDEL, Jean, y Ferdinand Müller-Rommel (2007). "Political elites". En *The Oxford Handbook of Political Behavior*, compilado por Russell J. Dalton y Hans-Dieter Klingemann. Nueva York: Oxford University Press.
- BOLTANSKI, Luc, y Laurent Thévenot (1991). *De la justification. Les économies de la grandeur*. París: Gallimard.
- BOLTANSKI, Luc (2009). *De la critique. Précis de sociologie de l'émancipation*. París: Gallimard.
- BOURDIEU, Pierre (1979). *La distinction. Critique sociale du jugement*. París: Minuit.
- BOURDIEU, Pierre (1980). *Le sens pratique*. París: Minuit.
- BOURDIEU, Pierre (1981). "La représentation politique. Eléments pour une théorie du champ politique". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 36-37 (febrero-marzo): 3-24.
- BOURDIEU, Pierre (1984). *Questions de sociologie*. París: Minuit.

- BOURDIEU, Pierre (1986). "L'illusion biographique". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 62-63 (junio): 69-72.
- BOURDIEU, Pierre (1987). *Choses dites*. París: Minuit.
- CAMP, Roderic Ai (1985). "The political technocrat in Mexico and the survival of the political system". *Latin American Research Review*, 20, 1: 97-118.
- CAMP, Roderic Ai (1995). *Political Recruitment across Two Centuries. Mexico, 1884-1991*. Austin: University of Texas Press.
- CENTENO, Miguel Ángel (1993). "The new leviathan: the dynamics and limits of technocracy". *Theory and Society*, 22 (junio): 307-335.
- CENTENO, Miguel Ángel, y Sylvia Maxfield (1992). "The marriage of finance and order: changes in the mexican political élite". *Journal of Latin American Studies*, vol. 24, núm. 1 (febrero): 57-85.
- CHAMPAGNE, Patrick (1990). *Faire l'opinion: le nouveau jeu politique*. París: Minuit.
- COLEMAN, James (1988). "Social capital in the creation of human capital". *The American Journal of Sociology*, vol. 94: 95-120.
- CORDERO, Rodrigo, y Robert Funk (2011). "La política como profesión. Cambio partidario y transformación social de la élite política en Chile, 1961-2006". *Política y Gobierno*, vol. XVIII, núm. 1: 39-71.
- DÁVILA, Mireya (2011). "Tecnocracia y política en el Chile postautoritario (1990-2010)". En *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)*, compilado por Alfredo Joignant y Pedro Güell. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales: 23-47.
- DELAMAZA, Gonzalo (2011). "Elitismo democrático, líderes civiles y tecnopolítica en la reconfiguración de las élites políticas". En *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)*, compilado por Alfredo Joignant y Pedro Güell. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales: 77-108.
- DELOYE, Yves, y Olivier Ihl (2008). *L'acte de vote*. París: Presses de Sciences Po.

- DÉZALAY, Yves, y Bryant G. Garth (2002). *The Internationalization of Palace Wars. Lawyers, Economists, and the Contest to Transform Latin American States*. Chicago: The University of Chicago Press.
- DIERMEIER, Daniel, Michael Keane y Antonio Merlo (2005). "A political economy model of congressional careers". *The American Economic Review*, vol. 95, núm. 1 (marzo): 347-373.
- DOMINGUEZ, Jorge I. comp. (1997). *Technopols. Freeing Politics and Markets in Latin America in the 1990s*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press/University Park.
- DULONG, Delphine, y Frédérique Matonti (2007). "Comment devenir un (e) professionnel (le) de la politique? L'apprentissage des rôles au Conseil Régional d'île-de-France". *Sociétés et Représentations*, 24: 251-267.
- FEINSTEIN, Brian D. (2010). "The dynasty advantage: Family ties in congressional elections". *Legislative Studies Quarterly*, XXXV, 4 (noviembre): 571-598.
- GAÏTI, Brigitte (1990). "Des ressources politiques à valeur relative: le difficile retour de Valéry Giscard d'Estaing". *Revue Française de Science Politique*, núm. 6: 902-917.
- GARRIGOU, Alain (1988). "Le secret de l'isoloir". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, vol. 71, 71-72: 22-45.
- GARRIGOU, Alain (2002). *Histoire sociale du suffrage universel en France, 1848-2000*. París: Seuil.
- GAXIE, Daniel (1980). "Les logiques du recrutement politique". *Revue Française de Science Politique*, vol. 30, 1 (febrero): 5-45.
- GAXIE, Daniel (1983). "Les facteurs sociaux de la carrière gouvernementale sous la Cinquième République de 1959 à 1981". *Revue Française de Sociologie*, vol. 24, 3 (julio-septiembre): 441-465.
- GAXIE, Daniel (1993). *La démocratie représentative*. París: Montchrestien.
- GRANOVETTER, Mark S. (1973). "The strenght of weak ties". *American Journal of Sociology*, vol. 78, 6 (mayo): 1360-1380.

- GRINDLE, Merilee S. (1977). "Power, expertise and the 'Técnico': Suggestions from a mexican case study". *The Journal of Politics*, vol. 39: 399-426.
- HA, Yong-Chool, y Myung-koo Kang (2011). "Creating a capable bureaucracy with loyalists: The internal dynamics of the South Korean Developmental State, 1948-1979". *Comparative Political Studies*, 44 (1): 78-108.
- HIRA, Anil (2007). "Should economists rule the world? Trends and implications of leadership patterns in the developing world, 1960-2005". *International Political Science Review*, vol. 28, 3: 325-360.
- HOFFMAN-LANGE, Ursula (2007). "Methods of elite research". En *The Oxford Handbook of Political Behavior*, compilado por Russell J. Dalton y Hans-Dieter Klingemann. Nueva York: Oxford University Press.
- JOIGNANT, Alfredo (2002). "Un sanctuaire électoral. Le bureau de vote et l'invention du citoyen-électeur au Chili à la fin du XIXème siècle". *Genèses. Sciences Sociales et Histoire*, 49 (diciembre): 29-47.
- JOIGNANT, Alfredo (2011a). "The politics of technopols. Resources, political competence and collective leadership in Chile (1990-2010)". *Journal of Latin American Studies*, vol. 43, 3: 517-546.
- JOIGNANT, Alfredo (2011b). "Tecnócratas, *technopols* y dirigentes de partido: tipos de agentes y especies de capital en las élites gubernamentales de la Concertación". En *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)*, compilado por Alfredo Joignant y Pedro Güell, Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales: 49-76.
- JOIGNANT, Alfredo (2011c). "El estudio de las élites: un estado del arte". En *Extraños en la noche. Intelectuales y usos políticos del conocimiento durante la transición chilena*, compilado por Marcelo Mella. Santiago: RIL Editores: 31-48.
- JOIGNANT, Alfredo, y María Cosette Godoy (2010). "La república virtuosa. Honor, desinterés y vocación en los debates parlamentarios sobre las dietas y los fueros en Chile (1812-1925)". *Atenea*, 502: 25-53.
- JOIGNANT, Alfredo, y Patricio Navia (2003). "De la política de individuos a los hombres del partido. Socialización, competencia política y

- penetración electoral de la UDI (1989-2001)". *Estudios Públicos*, 89 (verano): 129-171.
- JOIGNANT, Alfredo, y Patricio Navia (2007). "From politics by individuals to party militancy: Socialization, political competition and electoral growth of the Chilean Udi". En *When Political Parties Prosper: the Uses of Electoral Success*, compilado por Kay Lawson y Peter H. Merkl. Boulder: Lynn Rienner: 249-272.
- JOIGNANT, Alfredo, Javier Torres y Lucas Perelló (2012). "Las fuentes del poder político. Fundamentos para una teoría del capital político a partir de evidencia chilena", ponencia presentada en el Congreso de la International Political Science Association (IPSA), Madrid.
- LAGROYE, Jacques, comp. (2003). *La politisation*. París: Belin.
- LALLEMAND, Jean-Charles (2008). "Les hommes d'affaires en politique dans les régions de Russie: émergence, affirmation et déclin d'un type d'acteurs politiques". *Politix*, 84: 61-90.
- LEFEBVRE, Rémi (2004). "Le socialisme français soluble dans l'institution municipale? Forme partisane et emprise institutionnelle: Roubaix (1892-1983)". *Revue Française de Science Politique*, vol. 54, 2 (abril): 237-260.
- MARENCO DOS SANTOS, André (2004). "Le renouveau politique: carrières politiques et liens de parti au Brésil (1946-2002)". *Politique et Sociétés*, vol. 23, núms. 2-3: 109-133.
- MARIER, Patrick (2008). "Empowering epistemic communities: Specialised politicians, policy experts and policy reform". *West European Politics*, 31, 3: 513-533.
- MATHIOT, Pierre, y Frédéric Sawicki (1999a). "Les membres des cabinets ministériels socialistes en France (1981-1993): recrutement et reconversion. 1) Caractéristiques sociales et filières de recrutement". *Revue Française de Science Politique*, vol. 49, 1: 3-30.
- MATHIOT, Pierre, y Frédéric Sawicki (1999b). "Les membres des cabinets ministériels socialistes en France: recrutement et reconversion. 2) Passage en cabinet et trajectoires professionnelles". *Revue Française de Science Politique*, vol. 49, 2: 231-264.

- MATONTI, Frédérique, y Franck Poupeau (2004). "Le capital militant. Essai de définition". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 155: 5-11.
- MICHELS, Robert (1971). *Les partis politiques*. París: Flammarion.
- MORGENSTERN, Scott, y Peter M. Siavelis (2008). "Pathways to power and democracy in Latin America". En *Pathways to Power. Political Recruitment and Candidate Selection in Latin America*, compilado por Peter M. Siavelis y Scott Morgenstern Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press/University Park.
- OFFERLÉ, Michel (1987). *Les partis politiques*. París: Presses Universitaires de France.
- OFFERLÉ, Michel (1993). *Un homme, une voix? Histoire du suffrage universel*. París: Gallimard.
- OFFERLÉ, Michel comp. (1999). *La profession politique, XIXème-XXème siècles*. París: Belin.
- PUDAL, Bernard (1989). *Prendre parti. Pour une sociologie historique du PCF*. París: Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques.
- PUTNAM, Robert (1993). *Making Democracy Work. Civic Traditions in Modern Italy*. Princeton: Princeton University Press.
- SAMUELS, David J., y Matthew S. Shugart (2010). *Presidents, Parties, and Prime Ministers. How the Separation of Powers Affects Party Organization and Behavior*. Nueva York: Cambridge University Press.
- SCARROW, Susan E. (1997). "Political career paths and the european parliament". *Legislative Studies Quarterly*, vol. XXII, 2 (mayo): 253-263.
- SCHNEIDER, Mark, y Paul Teske (1992). "Toward a theory of the political entrepreneur: Evidence from local government". *American Political Science Review*, 3 (septiembre): 737-747.
- SIAVELIS, Peter, y Scott Morgenstern comps. (2008). *Pathways to Power. Political Recruitment and Candidate Selection in Latin America*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press/University Park.
- SIGEL, Roberta, comp. (1989). *Political Learning in Adulthood. A Sourcebook of Theory and Research*. Chicago/Londres: The University of Chicago Press.

- SILVA, Patricio (2008). *In the Name of Reason. Technocrats and Politics in Chile*. Pennsylvania: The Pennsylvania State University Press/University Park.
- SILVA, Patricio (2011). "La élite tecnocrática en la era de la Concertación". En *Notables, tecnócratas y mandarines. Elementos de sociología de las élites en Chile (1990-2010)*, compilado por Alfredo Joignant y Pedro Güell. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales: 241-269.
- STOLZ, Klaus (2003). "Moving up, moving down: Political careers across territorial levels". *European Journal of Political Science*, 42: 223-248.
- SWENSON, Peter (1982). "The influence of recruitment on the structure of power in the U.S. House, 1870-1940". *Legislative Studies Quarterly*, VII, 1 (febrero): 7-36.
- THÉVENOT, Laurent (2006). *L'action au pluriel. Sociologie des régimes d'engagement*, París: La Découverte.
- WACQUANT, Loïc (2010). "L'habitus comme objet et méthode d'investigation. Retour sur la fabrique du boxeur". *Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, 184: 108-121.
- WEISSBERG, Robert (2001). "Democratic political competence: Clearing the underbrush and a controversial proposal". *Political Behavior*, vol. 23, 3 (septiembre): 257-284.
- WHITEHEAD, Laurence (2009). "Fernando Henrique Cardoso: the *Astuzia Fortunata* of Brazil's sociologist-president". *Journal of Politics in Latin America*, 3: 111-129.
- WILLIAMSON, John (1994). "In search of a manual for technopols". *The Political Economy of Policy Reform*, compilado por John Williamson. Washington, D.C.: Institute for International Economics: 16-28.

Recibido: 14 de enero de 2012.

Aceptado: 23 de julio de 2012.